

# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

TIPLES CÓMICAS  
JULIA SEGOVIA



Canta tan divinamente  
que es un ángel cuando canta;  
¡como que tiene un torrente  
de armonía en la garganta!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—«Al ladrón», por Eduardo Bustillo.—Memorias de un guante, por Luis de Ansorena.—Cuestión de vino, por José Jackson Veyan.—Rodríguez el dramaturgo, por Fray Cándido.—El Ave María, por Sinesio Delgado.—¿Qué caso más raro?, por Juan Pérez Esfíga.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Julia Segovia.—Viajes extraordinarios.—Pequeñas industrias, por Gilla.



Los petarderos van cayendo lenta, pero seguramente, en poder de la autoridad.

En su mayoría son personas de buen ver, y alguno hasta tiene la mirada candorosa y los labios sonrosados como los de una señorita. Nadie, al verles, podría imaginarse que bajo aquella envoltura ocultaban proyectos ruidosos y mechas encendidas.

Nosotros habíamos creído que los petarderos serían unos hombres color de butifarra, con las patillas foscas, los ojos toscidos y el rostro lleno de heridas próximas a la cicatrización.

Pero casi siempre ocurre lo mismo. El que más belicoso parece, resulta, tratado a fondo, un infeliz incapaz de arrancarse un pelo del bigote, ni de pisarle la sotana al eclesiástico más inofensivo.

Por ahí andan una porción de revolucionarios impenitentes, que están dispuestos, según dicen, a cortar media docena de cabezas todas las noches antes de retirarse, y aseguran que su mayor felicidad sería la de poder bañarse en sangre caliente y alcohol alemán, para fortalecer el cutis.

Pues bien: la mayor parte de esos ogros no se atreven a cortarse los callos, ni se dejarán reventar un divieso por nada de este mundo, y los hay que hasta entregan el cuello a la autoridad de sus esposas, a fin de que éstas puedan pegarles con la mayor comodidad posible.

—Ven aquí, López, que yo no quiero levantarme—dicen ellas.

—¿Para qué?—preguntan ellos tímidamente.

—Para pegarte. Es un capricho que tengo.

Y los infelices bajan la cabeza y soportan la paliza con resignación, diciendo de cuando en cuando:

—Mujer, no seas irreflexiva. Hazte cargo de que te van a doler las articulaciones de tanto sacudirme.

En cambio, hay seres alabastrinos que se untan la faz con agua de Barcelona, y son capaces de andar a tiros con todo el tercio de la Guardia civil.

Conocemos uno que se tiñe las cejas y vive agarrado al cosmético, y un día, porque le pisó en la calle un guardia de orden público, sacó la navaja y a poco más le envía al otro barrio.

No puede uno fiarse de las apariencias.

¡En fin, hasta hay bailarines del género francés que dan bofetadas!...

\*\*\*

Recepción y banquete en Palacio y apertura solemne de la iglesia de San Francisco el Grande.

Buena semana para el elemento oficial, que ha lucido el uniforme y ha comido cosas buenas.

El espectáculo que ofrecía la calle del Arenal era sorprendente, como dicen los noticieros.

Gran número de sujetos, con uniformes más ó menos vistosos, se encaminaban a Palacio, satisfechos de sí mismos, porque suponían que los curiosos habían de decir al verles:

—¡Caracoles! ¡Qué gran personaje debe de ser aquel de la casaca verde con polisón!

Había hombre que llevaba en la cabeza una especie de ataúd con huecos hilados encima, y se consideraba la criatura más dichosa de este bajo mundo.

Sólo Dios y su esposa saben la guerra que había dado en casa antes de vestirse. A las ocho de la mañana empezó a preparar el uniforme y a mandar a la criada a la tienda, diciéndole:

—Anda, corre, y que te den seda amarilla para que me repases los ojales.

—¿Vas a llevar el sombrero apuntado?—le preguntaba la esposa.

—¡Naturalmente! ¿Quieres que vaya de gorro griego? ¡Tienes unas preguntas!

—Bueno, hombre, no te enfades.

—Es que me da rabia que no comprendas las cosas.

Todos los que pertenecemos a esta orden estamos obligados a asistir a Palacio con los atributos.... Pásale un paño al espadín y pon a ventilar la casaca mientras me afeito; después me recortará un poco el bigote hacia las puntas, para que quede más recogido; es una de las prescripciones reglamentarias de la orden.

—Temo que te constipes. ¿No sería mejor que llevaras encima la capa?

—¿Estás loca?

—Podías llevarla puesta hasta entrar en el salón, y allí se la dabas a alguna dama, para que te hiciese el favor de tenerla.

—¿Cómo se conoce que no has pisado nunca aquellas alfombras! ¿Crees tú que las damas están allí para servirnos a nosotros?

—Pues, entonces, ¿para qué están?

—Eres una ignorante, Mariquita.... A ver; tráeme el agua templada y recórtame los pelos del cogote, a fin de que se vea bien el cuello de la casaca por detrás....

—¿Os darán algo?

—¿Cómo?

—Quiero decir si tendréis refresco.

—No sé; quizás nos obsequien con marrasquino y pastas.

—En ese caso, guárdame un par de pastitas: ya sabes que a mí me gustan las de almendra.

Dos horas duró la *toilette* del maestrante, y la señora fué víctima de todo género de impertinencias durante este tiempo, porque él no podía abrocharse la casaca, y estaba hecho una furia; después quiso sacar el espadín de la vaina, y vió que se había enmohecido; lo cual aumentó su ira, y se puso a dar patadas y a tirarse de los pelos.

—Pero, Martínez, no te enfurezcas así—le dice ella.

—De todo tenéis la culpa vosotras, que debíais sacar el uniforme de cuando en cuando para que se orease, y no me vería ahora expuesto a hacer la triste figura.

Al fin la esposa consiguió tranquilizar al Sr. Martínez, que salió a la calle hecho un adefesio, y los chicos al verle se iban detrás, creyendo que se había adelantado el Carnaval; pero el caso fué que el pobre señor cogió un catarro morrocotudo, y hoy está en la cama con un pañuelo de hierbas atado a la cabeza y la uriz chorreando sebo.

—Bien te lo decía yo—murmura la esposa.—Has debido llevar la capa.

—No me volverá a suceder, te lo aseguro—contesta él.—El año que viene pienso pedirle prestado el gabán de pieles a D. Emeterio, el notario.

—O si no, puedes llevar aquella manteleta mía forrada de algodón, que parece un carrick de esos que usan ahora los elegantes.

Por toda contestación, el Sr. Martínez oculta la cabeza entre las sábanas y piensa:

—Todo puede darse por bien empleado, á trueque de lucir el uniforme y de que le envidien á uno los Diputados de la mayoría. ¡Cuánto dieran ellos por poder ostentar la investidura de maestrante!

LUIS TABOADA.

## ¡AL LADRÓN!!!

Y el caballero corría por las calles de la corte, apremiado por negocios que le llevaban al trote.

Eran los negocios limpios, de honrada industria que al hombre le dió de rico esperanzas en sus afanes de pobre.

Corría por esas calles con las ideas que absorben al que, por honrado, cumple sagradas obligaciones;

y espoleaban sus ansias votos de santos amores, besos de mujer que espera el pan que sus hijos comen.

Corría tan arrastrado por sus gritos interiores, que percibir no podía ni otro ruido ni otras voces.

Su atención no despertaban ni ambulantes vendedores, ni blasfemos carreteros, ni brutos automedontes.

De pronto, «¡al ladrón!» gritaron unos cuantos bigardones, que iban seguidos de cerca por chicos y guardias de orden.

Detrás quedaba el robado, á quien piadosos guasones daban pelos y señales del gremio de *tomadores*,

explicándole, entre risas de la turba que los oye, cómo, cadenas rompiendo, sale un reloj de prisiones.

«¡Al ladrón!», gritan, ya cerca del industrial honradote, á quien detienen muy bravos dos de sus perseguidores,

sin que, en sorpresa tan ruda, advierta el ligero roce de hábil mano que una prenda en su ancho bolsillo esconde.

Y al juzgado, con los guardias, detenido, acusadores, silbantes, vagos, curiosos, sinvergüenzas y bribones.

Se halla el cuerpo del delito al que ladrón se supone, y éste halla cien relojeros de su honradez fiadores;

que el que las calles corría, aunque honrado, al estricote, es corresponsal antiguo de antiguas casas de Londres.

Tríncase á los *oficiosos* y valientes prendedores que en él pusieron sus manos esforzando sus pulmones.

Tríncase á otros diez que aún gritan «¡al ladrón!» con lengua torpe; y á unos las llaves ganadas y á otros falsos pasaportes;

y, entre todos los trincados, dos docenas de relojes, con rayas y abolladuras desfigurados á golpes.

Y en tan gracioso proceso resultan de hechos é informes, el perseguido, inocente, y los otros, *los ladrones*.

EDUARDO BUSTILLO.

## MEMORIAS DE UN GUANTE

## I

De la piel de una bestia fui formado, y en mi primer estado tenía insuportable pestilencia.... Mas, después de curtido, me echaron una esencia y es por todos mi olor apetecido.... Aquello, por lo tanto, que fué inmundito, si se cambia y perfuma, halagar puede.... Y el caso no me extraña; esto sucede con muchas de las cosas de este mundo.

## II

Cubrí la tersa mano de una joven hermosa, y casi estaba de mi suerte ufano, hasta que supe un día que era la tal mujer más asquerosa que el animal aquel que antes cubría. Volví, por tanto, á mi anterior modestia y ahogué el orgullo que en mí ser nacía, y siempre, desde entonces, me decía: —¡Sólo nací para cubrir la bestia!

## III

Con intención malvada, una noche, en un baile, mi señora, clavando en dos mancebos su mirada, que tenía ese fuego con el que Dios las cabelleras dora para ponerlas en querubes luego, dejó que por su falda resbalase y hasta la alfombra del salón llegase; y los dos pretendientes de aquella joven hacia mí vinieron, y apretando los puños y los dientes por dos lados distintos me cogieron.... Y como no cedían, á morir á sus manos me dispuse.... Tiraban con tal fuerza, que supuse que aquellos insensatos me parían.... Y en tanto.... ¡ira de Dios!... ella con calma presenciaba la escena horrible y muía.... ¡También, también, sin duda, la piel de bestia le cubría el alma!...

## IV

Hubo un duelo después y, en la contienda, quedó en tierra el más débil contrincante....

¡Ah! (Yo fui remitido como prenda de amor profundo al verdadero amante!...

LUIS DE ANSORRINA.

## CUESTIÓN DE VINO

## I

Luis García (*El Marazato*) y Juan Ruiz (alias *El Soper*) se están jugando unas copas en la taberna del *Chato*.

El viacillo es puro y fuerte: la ocasión es oportuna. Luis bendice su fortuna y Juan maldice su suerte.

De gasto han hecho un derroche y juegan de mala gana. Entraron por la mañana y son las diez de la noche.

Juan reniega y pierde el tino; no es extraño que dispute un hombre que pierde al tute azumbre y media de vino.

Por sí sabe mucho ó poco ó hizo una mala jugada, Juan le da una bofetada á Luis, que lo vuelve loco.

*Tira de hacha* el ofendido; Juan á reñir se prepara, y luchando cara á cara, cae Juan mortalmente herido.

La diversión inocente concluye al fin en tragedia. ¿Origen?... La azumbre y media. ¿Testigos?... Toda la gente.

Es un caso de homicidio; las *leyes de honor* no valen, y, en *justicia*, á Luis le salen sus diez años de presidio.

## II

Don Ricardito el Barón y el Vizconde don Adolfo,

por las cuestiones del golfo, se *engolfan* en la cuestión.

En la digestión están y su furor no es extraño. A cualquiera le hacen daño los vapores del *Champán*.

El Adolfito es valiente y nunca quiso ceder. Un Barón tiene que ser hombre necesariamente.

Los improperios aguzan lo mismo que dos villanos, y sin venir á las manos, las dos tarjetas se cruzan.

Saldarán de mala gana sus cuentas á sangre fría. El lance es al otro día á las seis de la mañana.

Se hallan al fin frente á frente sin rencores verdaderos. Testigos, dos caballeros para cada combatiente.

¿La causa?... El juego y el vino. Suenan una detención, y es hombre muerto un Barón y un Vizconde su asesino.

¿Cualquiera en esto vería un homicidio probado? ¡No, señor! lo ha sancionado la *ley de caballería!*

## III

El que indulta á un matador, á otro lo manda á presidio. ¡El mismo crimen traidor, de blusa es un homicidio, de frac un lance de honor.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

## RODRÍGUEZ EL DRAMATURGO

(SÁTIRA, POR SI NO ME ENTIENDEN, CONTRA LOS MALOS DRAMAS DEL DÍA)

Estaba yo echado panza arriba sobre la cama pensando.... en las muserañías, porque, afortunadamente, no soy de los que se devanan los sesos en filosofar sobre nada. ¿Que cayó Sagasta? Y á mí ¿qué me cuenta usted? ¿Que subió Cánovas? Ahí me las den todas. ¿Que Bismark está enfermo? Pues que se alivie. En síntesis, que todo me tiene sin cuidado y que me importa un pito que se acabe el mundo.

Quedábamos en la cama, es decir, quedo yo, cuando (este cuando se parece á esas *cajas con sorpresa* que venden en la Puerta del Sol), cuando oí que tocaban á la puerta de mi cuarto. Contesté, como suelo, dando la callada por respuesta; que una *larga experiencia* me ha demostrado que cuando le vienen á visitar á uno es en demanda de algún favor ó algo así. Ese que toca—me dije—de seguro que no toca para traermé dinero. Que aguarde de pie, porque como no se sentase en el suelo.... Vuelta á llan-ar, y yo vuelta á no decir ni pío —¿D. Emilio? ¿Fray Cándido?—¿Quién va?—respondí al cabo, malhumorado ante tanta insistencia.—Yo.—¿Y quién es yo?—Yo, José Rodríguez, literato de provincias. ¿Puede usted recibirme?—En fin, abramos, que puede que el tal Rodríguez me sirva, ya que no para otra cosa mejor, de tema para algún articulejo, porque yo suelo inspirarme en la realidad viviente y copiar todo lo que veo, á imitación de los autores naturalistas.—Pase usted.—Es usted D. Emilio Bobadilla?—Hasta ahora creo que sí. En lo venidero no sé. Vivimos en una época en que todo se discute. ¿De seguro que usted seguirá creyendo en la Venus de Milo, verdad? Pues ya no es tal Venus de Milo, al decir de un arqueólogo americano.—¿Qué bromista es usted?—(Oh, sí, muy bromista! Y ¿qué puedo servirle?—Verá usted.—Sentémonos. (Pausa.)—Yo he escrito un drama....—Escribir es.—Un drama trágico.—Entendido.—En tres actos y en verso.—Claro, siendo trágico, en tres actos y en verso. Es lo corriente.—Há de saber usted que soy uno de sus más fervientes admiradores.—¿Del drama?—No, de usted.—Suprima usted los elogios, y al grano.





No pude contener mi júbilo y, arrastrando á la negra, caí de hinojos ante mi dulce amiga.



y la negra, por no ser menos, imploró clemencia ante el capellán.



Casilda dió ordenes que nos soltaran inmediatamente, ósea que hicieron lambdidos de mala gana.



¿Qué iba á hacer un hombre! Demostrar el agradecimiento de alguna manera.



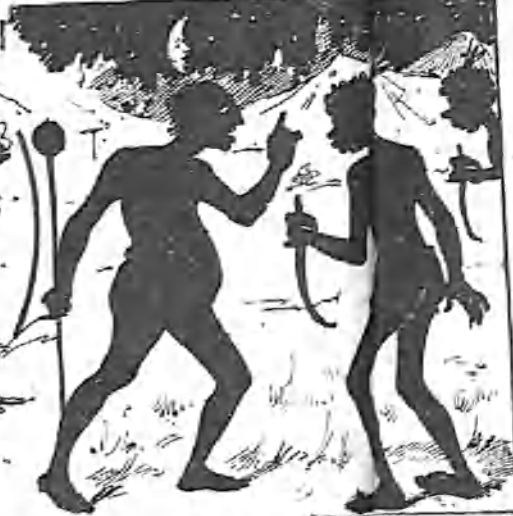
Pero el ex-reverendo no estaba dispuesto á tolerar esa clase de expansiones á su compañera de jefatura.



Hechas las paces, fuimos conducidos á la tienda, donde se nos tributaron los honores adjuntos.



Sin embargo, otra le quedaba al padre, y viendo claramente que Casilda me prefería en sus atenciones,



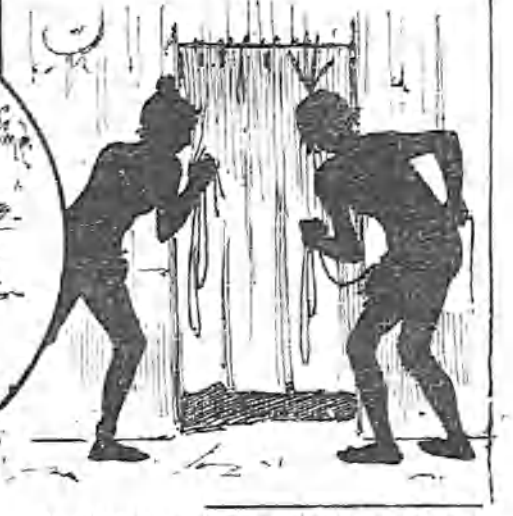
concebí un horrible plan, que pasó á conocimiento de más adiestros vasallos.



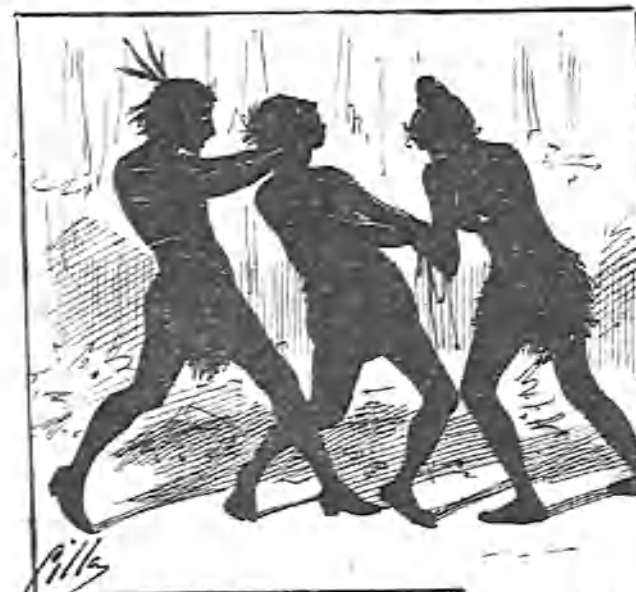
El plan, que me descubrió la fiel negra, era tan sencillo como terrible. Consistía en asesinarme durante el sueño.



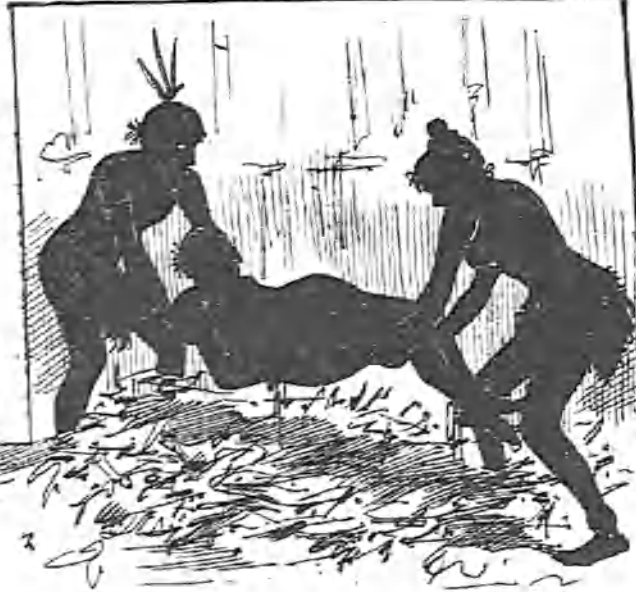
Entonces hablé al alma á Casilda, dándole á escoger entre mi amor purísimo y la tiranía del respetable anciano.



Decidida la cuestión en mi favor, esperamos al infante convenientemente preparados,



y cuando entré á darme las buenas noches con sonrisa hipócrita, caímos sobre él, le amordasamos



y le tendimos en el lecho de lianas destinado para mí



Luego pusimos pólvora,



y nos ocultamos en una cueva á esperar los acontecimientos.



¡Horror! La cueva estaba ocupada por una leona con sus cachorros. ¡Esto era peor que una tribu salvaje guiada por un capellán ofendido!



—No, si no es gracioso.—Bien, hombre, es un decir. Un drama trágico, ¿no es eso?—Sí, señor. En tres actos y en verso.—Ya lo ha dicho usted. ¿Y qué es lo que sucede en ese drama trágico?—¡Ah, cosas horribles!—Es de suponerse. ¿Habrá un hijo que mata á su padre y una concubina?—Cuenta... ¿quién?—Concubina, que pega en público á una señora casada.—¿Lo ha adivinado usted? ¿Cómo se conoce que...?—Por supuesto que la versificación será muy lírica, muy pomposa, y habrá en ella mucho lodo.... —No, si no llueve.—Quiero decir que habrá mucho lodo consonando con *lodo*, etc., etc.—Sí, señor, ya lo creo.—Y de monólogos ¿cómo andamos?—¡Monólogos! ¿Dice usted monólogos? Lo menos figuran diez. ¿Quiere usted decir que se los lee?—Me basta su palabra. ¿Y qué quiere usted que hagamos con el drama?—Yo quisiera representarlo.—Me parece muy natural ese deseo. ¿Para qué se hace un drama sino para que le... pateen, digo, para que le representen, da lo mismo?—Usted, que tiene tantas amistades.... —¡Ah! ¿Quiere usted que yo se le recomiende á un empresario?—¡Justo!—Lo juzgo del todo inútil. Si el drama es malo—que lo será, valga la franqueza—las recomendaciones están de sobra. ¿Quiere usted dramas peores que los que se estrenan en Madrid? (Los silban acaso? Por otra parte, yo no ejerzo influjo de ningún linaje sobre los empresarios de teatros. Es mas, estoy casi seguro de que no saben que existo. ¿Por qué, caso de que le exigiesen á usted recomendaciones, no va usted á ver á *Logartijo* ó á *Frasuelo*?...—Pero esos no entienden....—Entender! ¿Si pensará usted que se necesita entender de algo para recomendar? No crea usted, tengo pensado que cualquiera de esos diestros me prologue un libro. ¿Lo que se vendería un libro con un prólogo de *Frasuelo*? Entre la opinión de Valera, por ejemplo, y la de *Frasuelo*, el público se va con la de *Frasuelo*. ¡Oh, la tauromaquia! ¿Tiene usted amigos en los periódicos?—Algunos.—Pues vea usted de que le anuncien el drama en esta forma: «El Sr. D. José Rodríguez, distinguido periodista (por lo pronto, contentése usted con que le llamen *distinguido*, á secas), ha presentado á la empresa del teatro.... (aquí el nombre del teatro) un drama trágico, en tres actos y en verso, titulado *El incesto misterioso ó... sagras de la China*, de cuyo drama (*cuyo*, así dicen. ¿Qué le hemos de hacer!...) tenemos las mejores noticias.»—¡Excelente ideal!—Como mía, sin modestia.—Yo abrigo la esperanza de que mi obra tendrá buen éxito. ¿Qué odios los que laten en el corazón de D. Tomás, el protagonista! ¿Qué celos los que siente la dama joven por el barba! Carlota, hija de D. Tomás, se ha enterado de que su esposo se la pega con la Sinfoniosa, criada de servir. Va, ¿y qué hace? Pues la propina una dosis, como para ella, de ácido nítrico en la sopa y....—Aviso á la Funeraria. No cabe otra cosa. Eso, eso es lo que gusta. El público está por lo nuevo. Recuerde usted lo que dice Goethe, por boca del Director, en el *Prólogo en el teatro*, de su *Fausto*: «El público va al teatro, ni más ni menos que á un baile de máscaras, movido por la curiosidad. Los hombres acuden para ver y las mujeres para ser vistas.» ¿Qué le importa á usted la realidad ni la verosimilitud siquiera? ¿Cree usted que hay quien se para á reflexionar sobre sí tal personaje tiene vida, y en si lo que dice es una monstruosidad? Además, amigo mío, usted puede defenderse, en el supuesto de que le censuren (que no le censurarán) con la teratología y.... la neurosis. «¿Que mi D. Tomás es un tipo que no se ve en el mundo? Oiga usted, señor crítico, ¿y la neurosis? (Mi D. Tomás es un caso patológico!—Por otra parte, la cuestión de la verosimilitud artística se presta á muchas interpretaciones. ¿Cuántas cosas suceden en el mundo real que, contadas luego, parecen caprichosas visiones de la fantasía?—Tiene usted razón que le sobra. ¡Si es lo que yo siempre he dicho!—Que le dicen que su drama de usted es puro efectismo? ¿Y qué es la vida? ¡Un efectismo! Pongamos un ejemplo: Juan, que es hombre de ingenio, pero modesto y sencillo, y Pedro, que es un zopenco, pero presumido y aparatoso, se presentan en sociedad. ¿A quién se figura usted que atienden más? ¡A Pedro, hombre, a Pedro! ¿Y qué significa esto? Que el efectismo es lo que priva.—Hable usted como un libro abierto.—Según sea el libro. Porque si es como las zarzuelas que se *estrapan* en Eslava, ¡protesto! ¿Cómo se le va á alegrar á usted las pajarillas cuando vea en los carteles su drama con esta añadidura: el EXTRAORDINARIAMENTE APLAUDIDO porque hoy todos los dramas y comedias son *extraordinariamente aplaudidos*? (Léanse los carteles *añadiendo* en las esquinas. —) No me hable usted de eso, que se me pone *caros de galán* y poca importancia la que me voy á dar entonces. ¿No se le dan esos autorcillos barbilucos de zarzuelas y juguetes cómicos que, como usted dice, debían ir á la escuela á aprender ortografía?—Y apropiémosle de ortografía. ¿Qué mala, pero qué mala, casi tanto como *El género chico* (esa pésima imitación de «La redacción de un periódico» de Breón de los Herreros) es la *Ortografía*, de dos autoras pertenecientes á la nueva generación de poetas cómicos *emuladoras* (Y eso se aplaude! Oh, tiempos, oh, zarzuelas! En fin, amigo Rodríguez, no tema usted nada. *Adaptar fortuna juvat*. Que le silben á usted? ¡Que drama! ¿Que le vuelvan á

silbar! Dramas, dramas y dramas. No se ocupe usted de que sean malos. No serán peores ni mejores que los que vemos de diario ensalzados en el prensa. (Vase el Sr. Rodríguez, constreñidísimo, por el foro.)

El drama, al fin y á la postre, se puso en escena. Aquello no era drama ni era nada. Era un maracote de talentientos delirios de borracho y de versos hojarascosos y antigramaticales. Sin embargo, el autor fué llamado á la escena *repetidas veces*, y los periódicos, al siguiente día, llenaban sus columnas con escenas íntegras de semejante estupidez. Un periódico decía: «No debemos ser severos con quien se presenta por vez primera ante el público. El Sr. Rodríguez revela grandes condiciones para el cultivo del género dramático. *El incesto misterioso* no es una obra maestra, seamos francos; pero abrigamos la convicción de que en lo venidero el Sr. Rodríguez escribirá un drama mejor, y esto no quiere decir que el primero que ha hecho no merezca aplauso. Los caracteres están *bien sostenidos*; la versificación es *fácil, fluida y elegante*, y abundan en la obra los pensamientos *elevados y profundos*, etc., etc.

Según me contó un amigo, no había quien aguantase al Sr. Rodríguez. Decía á voz en cuello que era un dramaturgo mejor que Tamayo, y que su drama era el más inspirado que se había escrito en España de mucho tiempo acá.

Desde la visita de marras yo no había vuelto á ver ni al Sr. Rodríguez ni á su drama. ¡Oh, sí, el Sr. Rodríguez me despreciaba! ¿Cómo comparar su nombre, que andaba de boca en boca, con mi oscuro pseudónimo, encubridor de un apellido idéntico al de cierto famoso personaje de *La pata de cabra*? ¿Soy yo acaso capaz de escribir un drama, aunque malo? ¡He salido yo alguna vez á escena y atraído las miradas, pasadas, como los huevos por agua, por el cristal de los anteojos, de las damas del gran mundo, y promovido en los pasillos del teatro acaloradas disputas acerca de mi desconocida personalidad literaria?

Todo esto lo pensaba yo, poniéndolo en boca del Sr. Rodríguez, parado frente á un cartel donde se anunciaba la octava representación de aquel adefuero, cuando acertó á pasar el Sr. Rodríguez, que vestía elegantemente, en cuanto cabe que un señor que se llama Rodríguez vista con elegancia.

—¡Adiós, pollo!—me dijo con tono de protección....

Yo me contenté con murmurar:—Vivir para ver.... y tercié la capa.

FRAY CANDIL.

## EL AVE MARÍA

(PRIMERA PARTE)

Formado en el repecho de una loma estaba el regimiento de reserva, con las miradas fijas en el carro y con los pies clavados en la tierra.

Los jefes y oficiales en corrillos, los soldados en filas incorrectas, y á los lados bagajes, canilleros, músicos, asistentes y cornetas.

Zumbaba en la campaña silenciosa, bañada por un sol de primavera, ese ruido de arcos militares que imita el preludio de la tormenta.

Todo el mundo escuchaba atentamente, con mezcla de temor y de impaciencia, el lejano rumor de la batalla que ardía al otro lado de la cuesta.

Rumor que llega allí casi perdido, como llegan las olas á la arena quejándose al romper, á poco rato de alzarse en alta mar grandes y negras.

Las descargas cerradas, los clarines, los estampidos del cañón que truenan, los gritos, el estrépito, los ayes de la carga brutal á la carrera.

De pronto todo aquello se aproxima, se oyen las voces cada vez más cerca, y el fiero relinchar de los caballos, y el lígubre crujir de las cureñas.

En las filas se apaga el cuchicheo, se agrupan por instinto los que esperan, y oscilan á la vez dos mil fusiles, cual si un temblor extraño los moviera.

Apareció en la loma un ayudante que se lanzó hacia abajo á rienda suelta, y su segunda vibó la aguda nota con que impulso silencio la corneta.

—Dios te salve, María,—dijo un joven como pudo de un blasfemia, y mirando á los otros en seguida se puso colorado de vergüenza.

En lugar de soltar la carcajada,  
palidecieron los que estaban cerca,  
y.... rodó la oración, de boca en boca,  
por todo el regimiento de reserva.

La sencilla plegaria subió al cielo  
pura y solemne, por llevar con ella  
el llanto de las madres desdichadas  
y el amor de las pobres lugareñas.

SINESIO DELGADO.

## ¡QUÉ CASO MÁS RARO!

Lector, en un dos por tres  
haré que enterado estés  
de una rareza observada  
en cierta familia honrada  
de las Navas del Marqués.

Familia cuyos varones,  
aunque con fortuna cuentan,  
por misteriosas razones  
es fama que se alimentan  
sólo de melocotones.

Por más que es fruta excelente,  
les nutre bastante mal;  
pero lo extraño realmente  
es el modo diferente  
de comerla cada cual.

Pablo Carnero y León  
demuestra que tiene seso,  
pues pela el melocotón  
y se lo come en sazón,  
tirando cáscara y hueso.

En cambio, el buen Segismundo,  
que es el Carnero segundo,  
lo deshuesa nada más;  
pero ¿mondarlo?.. ¡jamás!  
aunque lo critique el mundo.

Pepe Carnero, el tercero,  
dice que es obra pesada  
partirlo, y el majadero,  
sin quitar hueso ni nada,  
se lo come todo entero.

Más raro es lo que hace Abdón  
(que es el Carnero siguiente),  
pues deja el melocotón,  
y come, sin aprensión,  
la cáscara solamente.

Y el último, que es Canuto,  
sufre, por ser un carnueso,  
diez *strancos* al minuto,  
porque éste desprecia el fruto  
y sólo se come el hueso.

Y así, los cinco varones  
gozan, sin aspiraciones,  
una vida placentera,  
comiendo melocotones  
cada cual á su manera.

No olvidés ni un solo instante  
caso tan interesante.

¡Qué de problemas entrañal  
¡Qué dato más importante  
para la historia de España!

No creo que en duda estés,  
mas si esto sospechas que es  
algún tejido de embustes,  
puedes irte cuando gustes  
á las Navas del Marqués,  
y en un momento sabrás  
(según los informes más  
exactos y verdaderos).....  
que allí no hay tales Carneros  
ni los ha habido jamás.

JUAN PÉREZ ZÚSIGA.



Srta. D.<sup>a</sup> Julia Segovia: Cilla se me puso enfermo á última hora, y con fiebre y todo hizo eso que va en la primera plana, y que no se parece á usted, ni ése es el camino. La premura del tiempo me impide rehacer la caricatura ó sustituirla con otra. ¡Vive Dios que la pena me ahoga, por tratarse de usted, á quien estoy particularmente agradecido! Pero juro por lo más sagrado que el MADRID CÓMICO enmendará el error en la primera ocasión que se le presente.

Y en cuanto al benévolo público..... le suplico que se haga cuenta de que no se ha publicado la caricatura de la Srta. Segovia.

«Jóvenes de buen semblante  
que con vuestra presencia honráis  
en pos del eco anhelante;  
que con densa dicha adornáis  
este salón del Brillante.»

Así empieza la *composición* con que ha pedido los aguinaldos el Guardarropa del susodicho salón del Brillante. La carta en que me envía eso un guasón, procede de Burgos.....

¡Y el pobre autor no tiene  
la dicha inmensa  
de saber lo que es *eco*  
ni lo que es *densa*!

En visita:

*El marido*.—¡Oh! Yo aconsejaría á todo el mundo el matrimonio. Esta y yo nos queremos tanto, que estamos como el primer día.

*La mujer* (ingenuamente).—Dispensa, hijo; yo estoy como el segundo.

Habiéndose agotado cuatro números de la colección correspondiente á 1883, suplicamos á los señores que la deseen y la han pagado se sirvan esperar á que se reimprimen.....

Todo ello es cuestión de mes y medio. ¡Ah! y dispensen ustedes, pero siempre á fin de año nos suceden cosas parecidas, y no podemos calcular ni aproximadamente el número de pedidos. Luego, hay que tener en cuenta que la colección del 83 está reimpressa casi toda, y que cada tomo de esos nos sale por una friolera.

Cuando pienses ir á misa,  
dile á la Virgen del cielo  
que la tienes mucha envidia.

Que horas todas las noches  
me cuenta una mariposa.....  
¡Pues, hija mía, no llores!

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

Debo advertir á los señores suscritores y compradores de Cuba que nuestro corresponsal directo en la Habana es la Sra. Viuda de Pozo, cuya acreditada librería se encarga de servir los pedidos de ejemplares que se le hagan, en la capital ó fuera de ella.

¿Se acuerdan ustedes de nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez?  
Nosotros ¡pinfames! casi no nos acordamos á estas fechas.

—Caballero, una limosna para un desgraciado padre de familia sin esposa y con seis hijos.....

—¡Hombre! Ayer me dijo usted que tenía cinco.

—Es que hoy he adoptado otro.

Libros:

*Notas de azar* se titula el tomo IX de la *Colección contemporánea*, y le forma una preciosa novela del insigne escritor D. Antonio Sánchez Pérez, cuyo solo nombre nos releva de todo elogio. Precio, una peseta.

Acabamos de recibir *La Agenda de bufete para el año 1889*, publicada por la librería de Bailly-Baillière, cuya utilidad es incontestable á todas las casas, sin excepción, y creemos excusado decir que es indispensable al comercio, á la industria, á los negociantes, banqueros, abogados, etc., etc.

*Los Calendarios americanos* que publica la misma casa son indudablemente los más ricos en curiosidades útiles para el que los compra, y todos los años los enriquezco con algo nuevo, que hace que sean buscados, y por lo tanto agotados en cuanto se ponen á la venta.

*El gusano de lina*, novela andaluza, por D. Salvador Rueda. Precio, 3 pesetas.

Discurso del Sr. D. Juan Navarro Reverter en la sesión de clausura del Congreso internacional de Ingeniería.

*La gran vida*, letra de Felipe Pérez música de los maestros Chueca y Valverde. 33.<sup>a</sup> edición.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. E. S.—Madrid.—Se encuadernan en el taller de A. Ménard, Paseo del Prado, 22. Me parece que á 3 pesetas.

Sr. D. M. E. F.—Barcelona.—Mal no está, pero ¿cómo hemos de publicar tamaño bombo á nosotros mismos? Parece cosa de las Pastillas Geráudel.

Sr. D. J. Z.—Segovia.—La idea es buena..... ¡Como que es de Bartrina! *Norman de la Hoya*.—Usted hará lo que quiera, que no está uno para cargar con responsabilidades. Pero poeta sí es usted.

*Un poeta escrupuloso*.—Y si eres tan mirado

como presumes.....

¿para qué copias eso

de *Los perfumes*?

Sr. D. J. B. Ii.—Valencia.—Flojuela.

Ax + by + C.—Enmiende usted el estilo, que hasta la fecha le va saliendo un poquito pedestre.

Sr. D. E. R.—Madrid.—¿Mi opinión? Pues nada..... que cuente usted las sílabas.

*Uno que duda*.—Bien imitado, pero el final.....

Sr. D. F. G.—Bilbao.—Le contestaré en concreto que no me gusta el soneto.

*Pepe-Hillo*.—¡Pues! y con ese romance me pasa el mismo percance.

*Camilo*.—¡Caramba! ¡Emplea usted tantas palabras para decir tan poca cosa!

*Quinto*.—Esos que epigramas llamas

no resultan, vida mía;

para hacer los epigramas

hay que tener picardía.

*Myrell*.—No le ha salido á usted *mayormente*, porque descuida un poco la forma.

*Breva*.—¡Hombre! ¡Una apología del rábano!

Sr. D. J. M.—Bilbao.—1.<sup>o</sup> Mediano. 2.<sup>o</sup> Idem íd. íd.

Sr. D. F. V.—Madrid.—¡Caramba! No es lo malo que sea serio, sino que tenga medidos algunos versos, bastantes.

*Aristóteles*.—Eso es más que serio, es triste.

*Un antiguo memorialista*.—Largo, demasiado largo, y como además el asunto es poco ingenioso.....

Sr. D. S. C.—Sevilla.—Si eso no es guasa, que de puro malo lo parece, no haga usted más sonetos por compromiso ni de ninguna manera.

*Un pendolista*.—No, como mal no están mal hechos, pero resultan un tantico inocentes. *In mediis consistit virtus*.

*L. U. Terio*.—Dispense usted, ninguna de las tres me parece publicable.

*Lápizero*.—¡Qué lástima de idea mal desarrollada!

*Juan Pampano*.—Tiene usted gracia y facilidad, está visto. Pero no lima usted los versos. ¡Límelos usted!



—A mí me iba perfectamente con el puesto de café económico en la esquina de la calle del Bastero..... pero ¡maldita síal ese Fornos! me llevó la parroquia.

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene  
ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.  
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.  
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.  
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.  
En provincias no se admiten por menos de seis meses.  
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.  
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA  
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS  
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20  
SUCURSAL: MONTERA, 8  
MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO  
DIBUJOS DE CILLA  
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.  
PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:  
Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA COMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.